Así, en el Antiguo Testamento toda cantidad de enemigos podemos representarla en tres diferentes conjuntos:

1. Pueblos enemigos de Israel. Israel adquiere conciencia de sí mismo en un mundo sin piedad. Querer verlo inmune a este aspecto sería querer que fuera de otra esencia que la humanidad de su tiempo. Los pueblos extraños que viven en medio de los israelitas, gozan de la protección de la Alianza. Pero los pueblos que en el curso de la historia han oprimido a Israel o lo han inducido a la idolatría, son tenidos por enemigos, con los que no se ha de mantener trato alguno y quienes deben ser exterminados. "Israel como nación pasó por una experiencia bastante dura. Por una guerra infligida a los otros (como la conquista), qué de guerras tuvieron que afrontar. Con el tiempo la imagen del enemigo se confundió progresivamente con la del opresor".[45] Los cananeos son atacados porque son idólatras, pero también porque ocupan el territorio, la Tierra Prometida. Los enemigos de Israel "son primero los enemigos de los patriarcas, los que se oponen a su establecimiento en la Tierra Prometida, cuantos maquinan contra su prosperidad o hacienda; después Egipto que oprime al pueblo; más tarde los pueblos cananeos que se oponen a la posesión de la tierra y dificultan el afincamiento del pueblo errante sin territorio para vivir, y finalmente los grandes imperios de Asiria y Babilonia que uncen a Israel con su carro".[46]

El odio de Israel para los pueblos circunvecinos era parti-

cularmente grande, porque a pesar de su parentesco o afinidad siempre habían intentado el exterminio de Israel. Así lo tenemos en "los profetas (Is. 13:21,23; Jer. 46-61; Ez. 25:32-38s.; Am. 1:3-2:3). La comunidad y los varones piadosos imploran fervorosamente de Yahvéh se vengue implacablemente de los enemigos del pueblo (Sal. 68:22ss.; 83:10-12; 129:5-8; Lam. 3:64s.) y se bendice al que da muerte a los niños de los enemigos (Sal. 137:9). Esta actitud frente a los pueblos de la gentilidad hay que entenderla y juzgarla por el sentimiento natural no purificado aún por la ética cristiana, de un pueblo que lucha fervorosamente por su desvalida existencia en un mundo cruel".[47]

2. Enemigos de Dios. Todo ataque dirigido a Israel era también un ataque a Yahvéh, pues, Israel era el pueblo escogido de Dios. De tal manera que los enemigos de Israel son a la vez enemigos de Dios. Yahvéh está obligado, por su gloria, a humillar a sus enemigos. "En la Biblia éstos son los odiosos, pero históricamente surgen de la oposición al pueblo con que Dios se ha ligado; los enemigos de Dios en el curso de la historia pueden aparecer después que Dios ha hecho o se ha comprometido: 'seré enemigo de tus enemigos' (Ex. 23:22). En realidad, los adversarios de Israel son los enemigos de Dios, cuyos intereses se presentan identificados a los ojos de afuera; es ésta la primera consecuencia teológica de la teocracia hebrea".[48] Al emitir juicios contra los enemigos, conviene tomar también en cuenta que los profetas conde-

nan con el mismo rigor a su propio pueblo, cuando quebranta la Alianza con Yahvéh. Además, al deseo de la condenación de los pueblos gentiles se opone la esperanza de que también esos pueblos tendrán parte en la salud mesiánica. El Antiguo Testamento conoce la oración por los gentiles, y también a gentes de pueblos extraños se les puede conceder comunidad de culto con Israel y se les puede admitir en el pueblo de Dios y hasta puede ser objeto de extraordinarias bendiciones por parte de Yahvéh.

3. Enemigos personales. El hombre piadoso del Antiguo Testamento expresa con toda naturalidad su odio contra los enemigos personales. Espera que Yahvéh los confunda, humille, y aniquile. Desea para sus contrarios un juicio sin piedad y los maldice junto con sus familias. "Son la plaga contra la que con más agudo alarido se eleva la oración apenada y confiada de los salmos; más que contra la enfermedad, contra la miseria de la vida, etc., importa el auxilio divino contra los adversarios que en ocasiones son personales sin más y otras veces se confunden con los enemigos del pueblo y de Dios".[49] El hombre piadoso se alegra cuando Yahvéh lo salva y más si sus enemigos son testigos de su felicidad. Se goza de la ruina de ellos, y quisiera incluso tomar venganza por sí mismo. Los enemigos personales son también para él enemigos de Yahvéh, y porque el ordenamiento jurídico está también sancionado por El. El hombre del Antiguo Testamento, como todos los orientales, es un hombre sentimental que se deja llevar por los arrebatos de su pasión; en él se retuerce el fanático sentimiento de justi-

cia que le anima y requiere de Dios el castigo implacable del mal. El triunfo sobre los enemigos es el triunfo del derecho, se rebosa de alegría por el triunfo de la justicia.

> En muchos pasajes -máxime poéticos- hay verdaderas aplicaciones literarias, por ejemplo: "emborracharé de sangre mis saetas y mi espada se hartará de sangre", "que estrellen a tus niños contra la piedra", etc. (Dt. 32:42; Sal. 68:22ss.; 137:9). La actitud frente a los enemigos muestra la imperfección del Antiguo Testamento con respecto al Nuevo Testamento; sin embargo, las oraciones, pidiendo precisamente el castigo de los enemigos y las violentas explosiones sentimentales contra los adversarios políticos y personales son también testimonios de la fidelidad de la fe, de la lucha continua que el hombre piadoso y el pueblo entero tenía que sostener por su fe en Yahvéh y su inquebrantable confianza en la justicia divina.[50]

A pesar de todo esto se prescribe ayudar al enemigo en una tribulación; más aún (Lv. 19:17s) prohibe el espíritu o sentimiento de odio y exhorta, en su lugar, a la corrección fraterna del contrario. No es lícito alegrarse de la desgracia de un enemigo (Pr. 24:17). Si el enemigo dentro del propio pueblo se halla en apuro o necesidad, hay que prestarle ayuda. Así el hombre piadoso da a conocer que sabe que es pecador y que por ello necesita de la misericordia de Dios.

B. <u>Período Inter-testamentario</u>: "los LXX y el Nuevo Testamento designan preferentemente al enemigo como ἐχθρός. La palabra ἐχθρός, usada en griego para significar el enemigo nacional, sobre todo en guerra, es usado frecuentemente en 2 Mac. (17

veces), aparece en los LXX sólo 13 veces, y en el Nuevo Testamento no se emplea siquiera".[51] En los libros sapienciales, con su visión de la vida, han concedido especial atención al problema de los enemigos; exhortan a la cautela con que nos es preciso desenvolverse en ella, a la diligencia por no servirles de motivo de cólera; no podía por menos de ser así dentro de su mentalidad predominantemente sensata y positiva. "En los LXX ἐχθρός casi siempre se usa para אוֹיֵב aunque a veces en lugar de צֹרֵר. Recíprocamente אוֹיֵב casi siempre se traduce ἐχθρός, aunque con otros derivados de ἐχθ tenemos también ὑπεναντίος ocho veces πολέμιος (Est. 9:16), ἀντικείμενος (Is. 66:6), ἀπειθῶν (Is. 66:14). Es significante cómo muy a menudo se hace caso omiso de πολέμιος ".[52]

Los que repetían las maldiciones del salmista mucho tiempo después de él no podían hacerlo en nombre de los mismos intereses particulares ni respecto a las mismas personas; en ello hay ya cierta purificación. Cierto despego de esta índole se nota en el libro de la Sabiduría, que en la historia se vuelve más en los conflictos ideológicos que los conflictos de intereses. Cuando los macabeos, reanudando la tradición de la guerra santa, luchan "por su vida y por sus leyes" (1 Mac. 2:40; 3:21) lo hacen con clara conciencia del doble fin que expresa esta fórmula, que une sin confundir. En una palabra, por una parte no se reniega nunca el principio jurídico del Talión, que, por lo demás, ponía cierto

freno a la venganza, y se concibe la victoria de Israel como la destrucción de sus enemigos; por otra parte, la experiencia a la luz divina orienta los corazones hacia el amor. En medio de los consejos de prudencia, Ben Sira pide que el hombre para ser perdonado de Dios sea perdonador (Eclo. 28:1-7; c.f. Pr. 24:29).

"El judaísmo no conoce un mandamiento formal de odiar al enemigo. Las palabras de Jesús: 'Oísteis que se dijo: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo' (Mt. 5:43s.) no significa que hubiese un mandamiento formal de odiar al enemigo".[53] Sin embargo, generalmente los rabinos condenaban el odio al enemigo; algunos, desde luego, permitían el odio al enemigo y otros hasta llegaban a mandarlo. Pero "el amar al prójimo"; esta frase está suficientemente motivada si se piensa en las maldiciones del Antiguo Testamento, sobre todo en los Salmos imprecatorios, en ciertas máximas rabínicas, y en las afirmaciones de los textos del Qumrán, que apuraban el odio al enemigo.

> Los escritos del Qumrán condenan el odio y deseo de venganza contra otros miembros de la comunidad (I QS 6:25ss.; 7:2-9). Sin embargo, apenas cabe entenderlo en el sentido de que haya de procederse violentamente con los impíos, sino, simplemente, que haya de no procederse violentamente ni tener comunidad alguna con ellos. Porque I QS 10:17ss. exhorta también a no tomar venganza por sí mismo, sino dejar la venganza a Dios. Sólo en la era mesiánica escatológica, harán "los hijos de la luz" una guerra implacable en exterminio contra "los hijos de las tinieblas" (I QSM). En la literatura apócrifa se habla del demonio simplemente como enemigo del hombre (Ap. Mo. 2:7; 25:28; Vida de Adán y Eva 17; Ap. bar. 13:2).[54]

C. Período Novo-testamentario: El mensaje de Jesús suprime las diferencias entre compatriotas y extranjeros. Para los discípulos de Jesús también el samaritano, a quien los judíos odiaban a muerte, es el prójimo. Sólo existe, en realidad, un enemigo, la serpiente antigua que siembra cizaña entre el trigo del campo del Señor. "En el Nuevo Testamento ἐχθρός se usa para enemigos personales en las varias relaciones de la vida cotidiana (Ro. 12:20, una cita; Gá. 4:16). . . ἐχθρός es usado particularmente, sin embargo, para indicar aquello que es hostil a Dios y a su Cristo como en Lc. 19:27. . . , Fil. 3:18. . . , Hch. 13:10. . .".[55] Ahora bien, "para todos los enemigos del hombre y de sus más caras empresas -aún de la máxima y predilecta que es la iglesia- Jesús exige el perdón, la oración, la benevolencia, la beneficencia y cuanto implica de acercamiento a su precepto del agape, que es amor y caridad".[56] "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian" (Mt. 5:44); este mandamiento se destaca entre las nuevas exigencias de Jesús; él mismo tuvo enemigos que le dieron muerte, y en la cruz los perdonó. Así el cristiano que perdona no se hace ilusiones acerca del mundo en que vive, como tampoco Jesús se hacía ilusiones de los fariseos o de Herodes. De hecho pues, el Nuevo Testamento también habla del hombre como enemigo. Estos son los que, como aliados o instrumentos del Diablo, maquinan contra el Reino de Dios y sus testigos. Quien se opone a Dios y a Cristo es enemigo del reino

de los cielos. "Jesús no viene pues, a negar la enemistad, sino a manifestarla en su dimensión completa al momento de vencerla. No es un hecho como los otros; es un misterio, signo del reinado de Satán. . ., enemigo de los hombres y enemigo de Dios, quien siembra la cizaña (Mt. 13:39). Por eso estamos expuestos a sus ataques".[57]

Hay una enemistad que Cristo ha venido a provocar, la enemistad con el mundo, el Diablo, la carne, que son fuerzas nefastas opuestas al reino de Dios en la tierra, aún el simple individuo, que está bajo su dominio y en constante conflicto contra la voluntad de Dios. "El Diablo es el enemigo en el sentido absoluto".[58] Es enemigo de Dios, de la cruz de Cristo, del hombre y del reino de Dios. Jesús procede con vehemencia y sin contemplaciones contra sus contrarios, y los tacha de raza de viboras (Mt. 12:34; 23:33), hijos del Diablo (Jn. 8:44). Sin embargo, en la persona de sus enemigos, Jesùs ve al hombre que necesita de su misericordia. Aún sobre la cruz perdona a quienes lo han crucificado (Lc. 23:34). De esta manera, Jesús, tanto por este ejemplo suyo como por mandato expreso, hace del amor al enemigo ley para el cristiano. Pero además de darles la ordenanza les da también la ayuda, a los que son suyos; poder, sobre todo poder que venga del enemigo. Les viene del combate en que Jesús triunfó por su misma derrota, habiéndose ofrecido a los golpes de Satán a través de los de sus enemigos, y habiendo vencido a la muerte con la muerte. "Esta lucha dramática persisti-

râ hasta la consumación de los siglos, cuando sea aniquilada la muerte, 'el último enemigo', y el reino de Dios haya culminado su plenitud para siempre (1 Co. 15:26)".[59]

CONCLUSION

La santidad del Evangelio no es ningún aquietado y enclaustrado indeferentismo. El cristiano debe procurar con esfuerzos prácticos y previsores, no sólo vivir rectamente, sino con manifiesta rectitud, de modo que todos los hombres puedan reconocer esa rectitud. Su vida tiene que ser esencialmente social. Tiene que ser contemplado como uno que se encuentra en otras vidas, a cada paso; y particularmente, para con la Comunidad Cristiana, tiene que fomentar el afecto de familia, del Evangelio.

Debemos tener cuidadosamente en mente qué se quiere decir por enemigo. "En el momento de que yo estoy confrontado con mi prójimo como un enemigo -esa enemistad puede ser personal o nacional, puede ser el producto de un antagonismo de clase o una diferencia general de temperamento- . . .".[60] Es obvio que no tenemos muchos amigos sino enemigos, y se nos da una serie de observaciones bíblicas de cómo tratar al contrincante: bendiciéndolo cuando persigue, tener simpatía hacia él, regocijándonos en su gozo y llorando con él en su pesar. Tratando con él, no debemos respetar a las personas provenientes de afuera sólo sino que debemos acomodarnos con los que son humildes. Algunos de ellos son muy ricos, otros tienen mucha influencia en la sociedad, y otros son pobres rústicos. No debemos ser altivos en nuestro trato con los pecadores, sino que debemos condescender con los de condición baja, que sientan que es-

tamos dispuestos a ir en su ayuda. Cuando él nos haga el mal no debemos pagarle con la misma moneda. En cuanto esté de nuestra parte debemos vivir en paz con él; quiere decir esto que es absolutamente imposible vivir con una persona que no tiene paz consigo misma. Hay quienes son pacíficos pero por lo que a nosotros nos toca debemos vivir en paz con ellos. No debemos vengarnos del perjuicio que él nos hace. "El enemigo es entregado a la cólera de Dios por el propio deseo de su corazón y en él, yo encuentro la cólera de Dios".[61] De Jehová es la venganza; debemos dar lugar a la ira de Dios. Debemos darle de comer cuando tenga hambre, darle de beber si tiene sed. No debemos dejarnos vencer por el mal, sino vencer el mal con el bien. No debemos disgustarnos cuando tenemos contacto con los malos, sino perseverar y vencer el mal con el bien.

Además, y después de todo, el cristiano debe estar preparado para sufrir con un espíritu mucho más grande que el de la mera resignación. Tiene que bendecir a su perseguidor; tiene que servir a su enemigo, en las maneras más prácticas y activas; tiene que conquistarle para Cristo en el poder de la divina comunión. No olvidemos que el apóstol Pablo insiste principalmente en ser, más bien que en hacer. Lo que el cristiano hace es aún más importante que lo que dice. Lo que él es, esto es el todo importante antecedente a lo que hace, y aún no es nada comparado con lo que debe ser.

De tal manera que, mientras tanto, una vida tan positiva, tan activa, tiene que ser fundamentalmente y en todo tiempo, una vida pasiva que soporta y sobrelleva. Su fuerza no tiene que surgir de las energías de la naturaleza, que pueden ser o no ser vigorosas en tal hombre; sino que en medio de innumerables agresiones y desprecios, "presentar su cuerpo en sacrificio vivo" para los propósitos del Señor, es su deseo constante, real y central en entrega íntima al derecho y al gobierno de su Señor.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

[1] Lorenzo Turrado. Biblia Comentada. Madrid: Editorial Católica, 1965. p. 351.

[2] Bernard Häring. La Ley de Cristo. Tomo II. Barcelona: Editorial Herder, 1965. p. 18.

[3] Derek Kidner. Proverbs. Londres: The Tyndale Press, 1964. p. 160.

[4] A. M. Hunter. La Epístola a los Romanos. Buenos Aires: Imprenta Metodista, 1959. p, 129-130.

[5] Karl Barth. The Epistle to the Romans. Londres: Oxford University Press, 1963. p. 474.

[6] Idem.

[7] Idem.

[8] Kidner. Op. cit., p. 155.

[9] Bernard Häring. Op. cit., p. 34.

[10] Ibid.

[11] Ibid., p, 36.

[12] Juan Calvino. A los Romanos. México: Publicaciones La Fuente, 1539. p. 334.

[13] F. F. Bruce. The Epistle of Paul to the Romans. Grand Rapids, 1963. p. 230.
Se puede consultar también referente al proverbio egipcio Dr. W. Klassen. Artículo "Coals of Fire: Sign of Repentance or Revenge? N.T.S. N° 4, 1963. p. 343.

[14] Jean Brière. Artículo "Odio" en Vocabulario de Teología Bíblica (edición León-Dufour). Barcelona: Editorial Herder, 1965. p. 539.

[15] Howard Rhys. The Epistle to the Romans. New York: The Macmillan Company, 1961. p. 161.

[16] Karl Barth. Op. cit., p. 474.

[17] Karl Barth. A Shorter Commentary on Romans. Londres: SCM Press Ltd., 1959. p. 156.

[18] C. H. Dodd. The Epistle of Paul to the Romans. New York: Harper and Brothers Publishers, sin fecha. p. 200.

[19] Cordero García. Biblia Comentada. Madrid: La Editorial Católica, 1967. p. 816.

[20] Hunter. Op. cit., p. 130.

[21] William Shedd. A Critical and Doctrinal Commentary on the Epistle of St. Paul to the Romans. Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1967. p. 374.

[22] Dietrich Bonhoeffer. El Precio de la Gracia. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1968. p. 146.

[23] Bruce. Op. cit., p. 230.

[24] John Murray. The Epistle to the Romans. Vol. II. Grand Rapids: WM R. Eerdmans Publishing Co., 1965. p. 142.

[25] Ibid., p. 143.

[26] Viktor Warnach. Artículo "Amor" en Diccionario de Teología Bíblica (edición Johannes Bauer). Barcelona: Editorial Herder, 1967. p. 56.

[27] Bonhoeffer. Op. cit., p. 146.

[28] Ibid., p. 153.

[29] William Newell. Romanos. Los Angeles: Casa Bíblica de los Angeles, 1949. p. 378.

[30] Barth. A Shorter Commentary on Romans. p. 156.

[31] Rhys. Op. cit., p. 162.

[32] Bonhoeffer. Op. cit., p. 31.

[33] Newell. Op. cit., p. 378.

[34] Karl Rahner y Herbert Vorgrimler. Diccionario Teológico. Barcelona: Editorial Herder, 1966. p. 401. Art. "Mal, Maldad".

[35] Barth. A Shorter Commentary on Romans. p. 156.

[36] Cordero García. Op. cit., p. 816.

[37] Franz Köning. Diccionario de las Religiones. Barcelona: Editorial Herder, 1964. p. 14. Art. "Agape".

[38] Idem.

[39] Dodd. Op. cit., p. 200.

[40] Handley Moule. Exposición de la Epístola de San Pablo a los Romanos. Buenos Aires: Imprenta Juan H. Kidel y Cía., 1924. p. 284.

[41] Bruce. Op. cit., p. 230.

[42] Josef Scharbert. Artículo "Enemigo". Johannes Bauer. Op. cit., p. 317.

[43] Paul Beauchamp. Artículo "Enemigo". León-Dufour. Op. cit., p. 235.

[44] Idem.

[45] Ibid., p. 236.

[46] C. Gancho. Artículo "Enemigo" en Enciclopedia de la Biblia. Vol. III. (Edición Juan Antonio Larraya-Gutiérrez). Barcelona: Ediciones Garriga, 1963. p. 22.

[47] Scharbert. *Op. cit.*, p. 317.

[48] Gancho. *Op. cit.*, p. 22.

[49] *Idem.*

[50] Scharbert. *Op. cit.*, p. 317.

[51] *Ibid.*

[52] Werner Foerster. Artículo ἐχθρός en *Theological Dictionary*. Vol. II. (Edición Gerhard Kittel). Michigan: WM B. Eerdmans Publishing Company, 1966. p. 811.

[53] Scharbert. *Op. cit.*, p. 320.

[54] *Ibid.*

[55] Gancho. *Op. cit.*, p. 24.

[56] Beauchamp. *Op. cit.*, p. 236.

[57] Foerster. *Op. cit.*, p. 814.

[58] Beauchamp. *Op. cit.*, p. 236.

[59] Gancho. *Op. cit.*, p. 24.

[60] Barth. *The Epistle to the Romans*. p. 471.

[61] *Ibid.*, p. 474.

BIBLIOGRAFIA

Libros

Barth, Karl. A Shorter Commentary on Romans. Londres: SCM Press Ltd., 1959. 188 pp.

Barth, Karl. The Epistle to the Romans. Londres: Oxford University Press, 1963. 547 pp.

Bauer, Johannes B. Diccionario de Teología Bíblica. Barcelona: Editorial Herder, 1967. 541 pp.

Bonhoeffer, Dietrich. El Precio de la Gracia. Traducido por José L. Sicre. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1968. 360 pp.

Bruce, F. F. The Epistle of Paul to the Romans. Michigan: Grand Rapids, 1963. 288 pp.

Calvino, Juan. A los Romanos. Traducido por Claudio Gutiérrez Marín. México: Publicaciones La Fuente, 1539. 394 pp.

Dodd, C. H. The Epistle of Paul to the Romans. New York: Harper and Brothers Publishers, sin fecha. 246 pp.

García Cordero, Maximiliano. Biblia Comentada. Madrid: Editorial Católica, 1967. 1321 pp.

Häring, Bernard. La Ley de Cristo. Tomo II. Barcelona: Editorial Herder, 1965. 716 pp.

Hunter, A. M. La Epístola a los Romanos. Traducido por Adam F. Sosa. Buenos Aires: Imprenta Metodista, 1959. 157 pp.

Kidner, Derek. Proverbs. Londres: The Tyndale Press, 1964. 192 pp.

Kittel, Gerhard. Theological Dictionary of the New Testament. Michigan: WM. B. Eerdmans Publishing Company, 1966. 955 pp.

Klassen, W. "Coals of Fire: Sign of Repentance or Revenge? N.T.S. N° 4, 1963. pp. 337-350.

Köning, Franz. Diccionario de las Religiones. Barcelona: Editorial Herder, 1964. 1484 pp.

León-Dufour, Xavier. Vocabulario de Teología Bíblica. Barcelona: Editorial Herder, 1965. 871 pp.

Moule, Handley C. Exposición de la Epístola de San Pablo a los Romanos. Buenos Aires: Imprenta Juan H. Kidel y Cía., 1924. 364 pp.

Murray, Joh. The Epistle to the Romans. Michigan: WM R Eerdmans Publishing Company, 1965. Vol. II. 286 pp.

Newell, William. Romanos. Traducido por Roberto Gould y Ricardo Letona. Los Angeles: Casa Bíblica de los Angeles, 1949. 457 pp.

Rhys, Howard. The Epistle to the Romans. New York: The Macmillan Company, 1961. 250 pp.

Shedd, William G. T. A Critical and Doctrinal Commentary on the Epistle of St. Paul to the Romans. Michigan: Zondervan Publishing House, 1967. 439 pp.

Turrado, Lorenzo. Biblia Comentada. Tomo VI. Madrid: Editorial Católica, 1965. 790 pp.